

EL PINTOR ALBERT EDELFELT

Y SU VIAJE POR ESPAÑA

POR

MAGNUS GRÖNVOLD

Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

EL pintor finlandés ALBERT EDELFELT nació en 1854. Aunque estudió primero filología, escogió luego la pintura, exponiendo por primera vez, con mucho éxito, en 1872. Durante el año 1873 estudió en Amberes, de donde se fue a París a ser alumno de Gérôme. En 1876 estuvo en Italia.

Se dedicó a la pintura de historia, granjeándole un éxito brillante su bello cuadro *La Reina Blanca* (1877), seguido por *El duque Carlos escarneciendo el cadáver de Klas Fleming*, episodio de la historia finlandesa. Durante una visita a su patria en 1879, pintó su *Conducción del cadáver de un niño*, cuadro que logró fama en el Salón de París de 1880, valiéndole una medalla.

Influido por la idea del pintor alemán Uhde de representar un asunto bíblico en un ambiente moderno, pinta su *Cristo y Magdalena*, basado en una canción popular finlandesa (1890). Al lado de una serie de cuadros religiosos, paisajes y cuadros de género, principalmente con asuntos de la vida popular de Finlandia, Edelfelt se ha hecho famoso por sus retratos *Pasteur en su laboratorio*, *La cantatriz Aino Achté*, *Retrato de su madre* y otros. También ha ejecutado importantes obras decorativas en su país. Al morir en 1905, estaba considerado como el mejor pintor de Finlandia.

Su arte, típico arte ochentista, es de porte aristocrático y de extraordinaria finura.

El éxito de *Conducción del cadáver de un niño*, la medalla y largos y encomiásticos artículos en los periódicos, hicieron entonces a Albert Edelfelt un artista famoso en París. Vendedores de cuadros de Europa y de los Estados Unidos le colmaron de pedidos, las grandes revistas ilustradas solicitaron su colaboración; amigos del arte y coleccionistas se hicieron presentar a él, fue invitado a fiestas y bailes.

Contentísimo del éxito, emprendió el viaje a su patria a pasar el ve-

rano. Antes de abordar un nuevo cuadro de Salón, pintó un par de retratos que le habían pedido. Al terminar éstos, el verano estaba ya tocando a su fin, y por eso regresó a París, instalándose en su nuevo taller de la Avenue Villiers, amueblándolo de la manera más bella posible.

Por Navidad empieza el retrato de su amigo el pintor francés Dagnan-Bouveret, que vive en la misma casa.

A mediados del otoño había recibido la noticia que le habían otorgado la beca Hoving y resolvió emplearla en un viaje por España en la primavera de 1881. Pero antes tenía que terminar un trabajo ya empezado, un cuadrito titulado *Chaz l'artiste*, un retrato del barón Portalis y otro del futuro diplomático J. B. Pasteur. Se había hecho amigo del último con motivo de una serie de artículos, *Les ateliers des jeunes*, publicados por este hijo del gran hombre de ciencia. Desde entonces Edelfelt fue un familiar en casa del doctor Pasteur, siendo agasajado de la manera más espléndida y considerado siempre como uno de los mejores amigos de la familia. Esta amistad la pagó luego con una de sus obras maestras: *El doctor Pasteur en su laboratorio*, cuadro famoso en todo el mundo.

Edelfelt no conocía el idioma castellano ni le gustaba viajar solo. Hubiera querido realizar el viaje por España en compañía de Sargent o de Benjamín Constant. Pero los dos habían estado allí el año anterior, por lo cual resolvió hacer el viaje con otros dos amigos: el norteamericano Boit y el francés Noël, ambos muy ricos y ambos pintores diletantes, aunque "diletantes de mucho talento", según repetía Edelfelt. Conocemos los detalles de este viaje por una serie de cartas del mismo artista a su madre.

Albert Edelfelt emprende su viaje a España el día 7 de abril de 1881, saliendo de París a las siete de la noche. Ya estaban en España sus dos amigos, Boit y Noël, y Edelfelt se juntaría con ellos en alguna ciudad española. Parece que, después de una visita a Madrid, habían pensado ir a Sevilla para presenciar la Semana Santa con sus procesiones; pero debido a grandes inundaciones en dicha ciudad, habían sido suspendidos todos los festejos de Pascuas, y por eso resolvieron ir primero a Granada.

Llegado Edelfelt a Madrid el día 9 de abril se alojó en una casa de

huéspedes francesa —en la calle de la Salud, número 13—, dirigida por Doménico Dupruhl, en la cual habían parado pintores tan famosos como Regnault, Sargent y Clairing. De su viaje recuerda la vista de Biarritz con toda la belleza primaveral: rosas y mar azul. Luego describe su entrada en España por Hendaya-Irún y el cambio repentino de la Naturaleza: los valles desnudos de los Pirineos, los viejos pueblos con sus iglesias, casas solariegas y castillos, todo pardo, pobre, lóbrego, pero de mucho carácter. Pasa la noche por Burgos y Valladolid, pero despierta a tiempo para ver, de lejos, a Avila en su desierto pedregoso de torrecillas de cantos. Le sorprende este paisaje, pues jamás había contemplado nada semejante. La visita de El Escorial aviva su recuerdo de Felipe II; le parece verle en vida, triste, tétrico. “Esta naturaleza pedregosa, huraña, quemada por el sol, tiene que engendrar o seres brutos o genios como Cervantes y Velázquez.”

Su primera visita en Madrid es para el Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, don Federico de Madrazo. Traía para él una carta de recomendación, y le recibe con mucha amabilidad. Es igualmente amable con él su segundo hijo, don Ricardo, quien le invita a pasar la noche con él. Al día siguiente visitan juntos las colecciones de pinturas de la Academia de San Fernando, donde Edelfelt se entusiasma con los cuadros de Goya y, sobre todo, con su *Maja*, “obra maestra de color”.

Edelfelt pasa tres días en Madrid, acompañado siempre de Ricardo de Madrazo, quien le lleva de acá para allá: al Museo del Prado, a colecciones particulares, a teatros, a cafés, al Buen Retiro, y en coche por la Castellana, donde tiene ocasión de ver al mundo elegante y donde le entusiasma la belleza de las madrileñas. Le lleva también a San Antonio de la Florida, y Edelfelt desborda los elogios ante los frescos de Goya: “lo más espiritual y caprichoso que se puede ver, admirables por su colorismo”.

¡Y el Museo del Prado! “La mejor galería del mundo, si no para un estético (no comprenden mucho), al menos para un pintor. Es como si todos los mejores pintores del mundo se hubieran citado: Tiziano, Rafael, Moro, Durero, Rubens, Van Dyck, para demostrar que no tienen

por qué avergonzarse al lado de Velázquez. Y así se ha creado la colección más admirable del mundo. Aquí pude admirar el mejor cuadro que he visto de Tiziano: un retrato de Felipe II. ¡Y Velázquez! Nadie ha pintado al óleo como él. ¡Y Goya! El colorista más excéntrico que ha habido, el verdadero precursor de la pintura moderna. Delacroix le ha copiado, Regnault tiene ideas de él, Fortuny y Madrazo se inspiraron en la obra de este genio singular.”

Es explicable que, al lado de tales maestros, Murillo no le cause tanta admiración, aunque acata su destreza; pero lo más extraño es que, al parecer, no haya tenido vista para El Greco. No lo menciona ni una sola vez en sus cartas. La hora del gran cretense no había llegado aún.

Para el día 10 de abril, Ricardo de Madrazo le había invitado a presenciar en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando la recepción de su tío don Pedro de Madrazo, crítico de historia del arte, y la contestación al Discurso de entrada de Mariano Roca de Togores, Marqués de Molíns. Pero no comprendiendo la lengua y teniendo además que hacer una visita, dejó de asistir a este acto.

En Madrid, Edelfelt compra una capa forrada de rojo para arroparse en el tren. El 11 de abril, a las seis de la tarde, deja la capital, y por Córdoba y Bobadilla va a Granada.

Este viaje duró veintiséis horas. De él recuerda La Mancha, patria de Don Quijote, con sus estepas infinitas. A las cinco de la mañana del 13. pasa por Sierra Morena y el Puerto de Despeñaperros. Admira este paisaje bravío, con sus altas peñas en forma de tubos de órgano, y recuerda que entre estas rocas rígidas hizo penitencia el Caballero de la Triste Figura, en cueros, dándose de calabazadas. ¡Y al otro lado, Andalucía! El mayor contraste de todo lo que hasta entonces le ha proporcionado España. Palmeras, robles, olivos, y por todas partes cactus y áloes. ¡Esto es el Sur!

Llegó a Menjíbar, Córdoba, Bobadilla. Luego otra vez la montaña. A las diez de la noche, Edelfelt oye, medio muerto de cansancio, al conductor gritando: “¡Granada!”. Se pone de pie de un salto, se apea del vagón, sube a un coche tirado por mulas y de este modo hace su entrada en Granada, en una maravillosa noche de luna de abril. Al pasar por la ciudad

mora, ve la colina de la Alhambra y Generalife, y las cumbres de Sierra Nevada formando el fondo. Avido y con palpitante corazón, se pone de pie en el pescante devorando con la mirada todo lo que le permiten ver los rayos de la luna. En los muros de una vieja casa percibe una pintura extraña; lleno de curiosidad, saca sus lentes para ver mejor. ¡Oh actualidad! ¡Oh prácticos norteamericanos! Es el anuncio de una máquina de coser de la marca “Singer”.

Pasa por una puerta árabe, atraviesa una avenida de altos árboles frondosos y se detiene a la puerta de la Fonda de los Siete Suelos, junto al muro del alcázar árabe. Le reciben con júbilo sus amigos Boit y Noël, que habían pedido un cuarto para él. Además trae de parte de don Ricardo de Madrazo una recomendación para el dueño, José Gadea.

A pesar de su cansancio, desborda su entusiasmo ante Matilde, la hija mayor del fondista. Sus palabras encomiásticas para la bella andaluza ya las he citado en mi estudio sobre Hugo Birger, el pintor sueco que al siguiente año se casara con ella. Basta decir que esta primera noche de Edelfelt en Granada fue festejado con una comida de bienvenida salpicada de manzanilla —vino que le arranca a Edelfelt nuevas exclamaciones de entusiasmo—, y que los tres amigos y la bella muchacha estuvieron platicando hasta muy entrada la noche. Matilde sabía muy bien el francés; por eso Edelfelt se entretuvo mucho hablando con ella durante su estancia en Granada.

Al día siguiente se levanta temprano y recorre la colina de la Alhambra. Las maravillas que descubre por todas partes embargan todo su ser. “Todo el día he andado como ebrio, a pesar de no haber tomado vino. Esta mañana en la Alhambra, con Andalucía y Granada ante mí, con rosas y adelfas y el aire de primavera me ha producido tal estado de encanto que todavía me siento joven y capaz de hacer mucho, pues de no ser así ni mi pulso latiría con tanta vehemencia, ni mi corazón se sentiría tan ardoroso, ni mis ojos verían tan bien”.

A las once le buscan sus dos amigos y juntos visitan el Generalife. Nueva admiración. Ve trabajando a algunos pintores españoles y resuelve empezar a pintar aquí.

Luego visitan el barrio gitano en el Albaicín, y en compañía de Boit pinta una acuarela.

En la Catedral ve algunas andaluzas *au teint bruni*. Las mujeres están arrodilladas en el suelo, porque en la Catedral, de un estilo de Renacimiento sobrecargado, pero no por eso menos magnífico, faltan sillas. Durante la Semana Santa, van todas vestidas de negro, y con mantillas los centenares de mujeres arrodilladas producen un efecto maravilloso.

Por la noche presencia el baile gitano. Hubiera sido interesante, de no haber alrededor una treintena de ingleses de ambos sexos que quitaban toda ilusión. Por lo demás, comprende que todo aquello es una mala farsa, con el fin de sacar dinero a las personas extranjeras. Sin embargo, bajo esta imitación grotesca del baile gitano, se puede vislumbrar lo que había sido originariamente. Las seis bailadoras son feísimas. Decepcionadísimo e irritado, Edelfelt regresa a la fonda. Le recibe con carcajadas la bella hija del fondista, y exclama: "*N'est-ce pas qu'elles sont horribles? Je vous l'avais bien dit*".

Con todo esto, regresa al Albaicín, empezando un estudio de una gitana de trece años. El cónsul inglés, que vive muy cerca y que también pinta, viene cada hora a hablar con él. Le cede su taller y su jardín para trabajar. Dice Edelfelt que al día siguiente procurará hacer un estudio de los jardines del Generalife.

El día de Resurrección presencia la procesión. Nuestra Señora de Granada hace su recorrido por las calles de la ciudad. Al salir de la Catedral, la imagen causa un entusiasmo indescriptible. Hay grandes ovaciones en el público, las mujeres lloran, se oyen tiros de escopeta e irrumpe la charanga. Lo que más entusiasmo a nuestro pintor son los balcones adornados de colgaduras de rojo y gualda y atestados de bellas mujeres con mantillas blancas y multicolores abanicos.

Sus dos amigos se han ido a Sevilla. Para ver mejor el paisaje y la vida popular, hacen el viaje parte en diligencia, parte a caballo. Tardarán así cuatro días en llegar a dicha ciudad. Edelfelt ha resuelto quedarse en Granada hasta el 21 de abril.

Una noche sube a la Torre de la Vela, en compañía de una familia

norteamericana. Contemplan a Granada iluminada, efecto maravilloso intensificado aún más por un magnífico fuego artificial. Edelfelt toca la campana, lo que según la creencia significa fortuna, y el viejo campanero parece percibir por el sonido que, antes de expirar el año, Edelfelt se casará con “una americana muy hermosa y muy rica”, presagio que Edelfelt considerará una fineza para con sus acompañantes.

Entre sus cartas de recomendación, hay una para el señor Contreras, arquitecto restaurador de la Alhambra y padre de una joven que es una maravilla de belleza. Tiene otra carta de recomendación para don Diego de Castillo, amigo íntimo que fue de Fortuny, gran coleccionista y amigo del arte. Este le recibe con gran amabilidad y le lleva a interesantes sitios.

El 20 prepara su salida para Sevilla, pero antes, y a instancias de los huéspedes, hace en la fonda una exposición de las obras que ha pintado en Granada. El Ministro de los Estados Unidos, que está en la fonda con su mujer e hijas, elogia esas pinturas y promete ir a verle en su taller de París al llegar a la capital francesa en mayo, pues desearía que pintase el retrato de su hija mayor, una joven muy bella, coquetona, física.

Su último quehacer en Granada es comprar al gitano Mariano, modelo favorito de los pintores, un traje andaluz completo: chaqueta, faja, sombrero y polainas bordadas, porque tales objetos se pueden usar para un cuadro.

Edelfelt siente dejar Granada y la Alhambra. “¡Dios sabe si y cuándo pueda regresar! —escribe a su madre—. Rara vez me he encontrado tan sano, tan alegre, tan absorto por la fantasía, como durante los diez días pasados aquí”.

Da un tierno adiós a Matilde y deja Granada el 21, a las cinco de la mañana.

El viaje es largo y cansado: quince horas en el tren. Describe el paisaje: campos de trigo cercados de hileras de álces, algún que otro cortijo enjalbegado, rodeado de bajas palmeras, los únicos árboles que se ven. Sus ojos nórdicos echan de menos la rica vegetación de los países boreales.

En una estación de ferrocarril suben sus dos amigos Boit y Noël. Su excursión ha sido un fracaso a causa del tiempo malísimo. No han po-

dido pintar en Ronda, tan elogiada por su situación pintoresca. Por eso han dado una vuelta por Málaga para ver bailar malagueñas en su verdadero ambiente.

En Sevilla los tres compañeros se alojan en el Hotel Madrid, donde tienen todas las comodidades deseables.

Después de las maravillas de la Alhambra, les producen alguna decepción el Alcázar y la Casa de Pilatos. A Edelfelt le parece que Carlos V afeó el Alcázar en muchas partes, destrozando su carácter árabe con su sempiterno "Nec plus ultra". La Catedral, en cambio, le entusiasma. Como pintor le interesa, sobre todo, la Fábrica de Tabacos, con sus 6.000 mujeres, y describe este ambiente como lo han hecho otros tantos. Se fija en que todas, jóvenes y viejas, tienen manos muy finas. Presencia bailes andaluzes, actuando cierta Lola, considerada como la mejor bailadora de Sevilla, y va en coche por el Paseo de las Delicias para ver el mundo elegante.

Asiste a los toros un domingo. Un guía le ha presentado en el hotel al diestro Antonio Carmona, apodado "El Gordito", con las palabras: "*Vous avez l'honneur de toucher la main du célèbre Antonio Carmona*". Edelfelt le dice, en un castellano, lo mejor posible, que él y sus compañeros habían venido directamente de París "para admirar la fuerza heroica de usted". Antonio le contesta algunas palabras amables, se quita con ademán elegante su sombrero, se inclina profundamente y se va después de haberle permitido que escoja entre sus viejos trajes de luces uno de color negro, cuya adquisición Sargent había encomendado a Edelfelt.

Al día siguiente presencia, por primera vez, una corrida de toros, lo que le impresiona profundamente. "Ningún drama, ninguna ópera, puede captar tanto el interés". Carmona mata tres toros y también pone banderillas sentado en una silla. Hay gran matanza de caballos.

Sevilla le parece un lugar ideal para un pintor de figuras. Sin embargo, no pinta mucho. Empieza un estudio del curso del Paseo de las Delicias, pero lo deja por malogrado.

Con cartas de recomendación de don Diego de Castillo puede ver algunas colecciones de cuadros particulares, como la de José de Goyena,

famosa, sobre todo, por sus Fortunys. Goyena, que habla francés “como un parisiense”, le recibe con suma cortesía, le muestra toda su casa, y allí Edelfelt puede ver cómo vive un patricio sevillano.

El 28 de abril, a las seis de la tarde, los tres amigos dejan Sevilla y van a Córdoba, donde hacen una breve parada para ver la Mezquita. Tanto la ciudad misma como sus alrededores le parecen a Edelfelt una cosa triste, muerta, y está convencido de que se volvería hipocondríaco de tener que vivir allí. Por su aspecto, Córdoba le recuerda una ciudad palestina, tal como las había visto en dibujos e ilustraciones. “Jerusalén y Belén deben de ser así”.

Otra cosa es Toledo, adonde va después y considera lo más pintoresco que se puede contemplar. “Aquí se comprende lo que ha sido antaño la monarquía española”.

Edelfelt goza todos los minutos y empieza a trabajar.

Madrazo le ha dado una carta de recomendación para el único pintor español que vive en la Imperial Ciudad: don Matías Moreno, y este señor será allí su guía.

Don Matías no ha comprendido bien el apellido de Edelfelt en la carta de Madrazo, pero examinándolo más detenidamente comprende que es el de un pintor cuya actividad había seguido con el mayor interés durante los últimos tres años. Le abraza con palabras efusivas para su producción artística, y promete presentarle a un poeta y a un teniente de artillería, ya que ambos tienen reproducciones de su *Conducción del cadáver de un niño*. Le sorprende a Edelfelt ser conocido hasta en Toledo.

Respecto a su labor, dice que pinta mucho, pero que, desgraciadamente, su trabajo no llega sino a bocetos. Intenta empezar un cuadro en el claustro de San Juan de los Reyes y espera poder reunir los estudios necesarios para poder terminar este cuadro en París. Logra posar para él a dos medigos. Pinta además a una chica de 15 años y considera tal estudio lo mejor que lleva consigo de España.

El domingo 1.º de mayo presencia una fiesta religiosa celebrada en la Virgen del Valle. Le fascina la vida multicolor de la gente popular congregada alrededor de la ermita.

Otra vez repite que nunca se ha sentido tan feliz y sano como en este viaje por España y “ahora más que nunca percibo que *anch'io sono pittore*”.

Hace el retrato de una niña de 10 años, hija de una familia burguesa. Sólo le han permitido pintarla a condición que le regale a la familia el estudio. Por eso, tal vez haya hoy día en Toledo alguien que, sin saberlo, posee una pequeña fortuna. Los cuadros de Edelfelt valen ahora un dineral. En la misma casa paraban los cantantes de una compañía de ópera. La contralto vestía a la pequeña, para las poses, con mantilla blanca, flores en el cabello, etc. Edelfelt siente algo haber empezado este trabajo, considerándolo pérdida de tiempo, pero la pequeña Marcelina —Marcelina Mateos y Campos— es un tipo tan castizo, de ademanes tan graciosos y de tanta vida en sus ojos negros, que le inspira mucho al pintor.

En San Juan de los Reyes tiene como modelos dos mendigos de 75 y 80 años, el uno ciego y el otro mudo; y posan para él de 8 a 12. También ha contratado a un hombre para que le lleve sus bártulos, negocie con los modelos y ahuyente a los curiosos. Este individuo le sirve muy bien por 8 pesetas al día y además pregona la fama del pintor para cuantos quieren escucharle.

Pocos días después de permanecer en Toledo, debido a la muerte de un tío de Noël, sus dos amigos le dejan yendo directamente a París.

Edelfelt le manifiesta a don Matías Moreno su deseo de escuchar canciones populares, y éste le lleva a casa de un carpintero quien, como también sus tres hijos, es virtuoso en la guitarra. Tiene además una hija que es un tipo castizo de española. La joven se llama Petra y le recuerda a Edelfelt la *Maja* de Goya que ha visto en la Academia de San Fernando. Sentados todos alrededor de una lámpara de aceite parpadeante, empieza la música, casi siempre en modo menor. Petra canta peteneras y un jaleo. El recuerdo de esta noche le queda a Edelfelt en la memoria como el de un libro antiquísimo o como si hubiera estado en la venta de Don Quijote. Parten a las doce de la noche. La bella Petra los acompaña a la puerta con la lámpara, y al alejarse ambos por las calles oscuras oyen su “Vaya con Dios”. “Era Sarah Bernard en Hernani —dice Edelfelt—, pero más

auténtica, con mucho más carácter, porque no había bastidores artificiales, sino los altos muros amarillo-grises de Toledo, y la escena no estaba alumbrada por el gas, sino por la luna y miles de estrellas". Moreno le lleva por calles tortuosas, lóbregas, que le parecen hechas para decoraciones de algún drama antiguo de duelos y asesinatos.

En el hotel se sienta a cenar al lado de un matrimonio belga. Al saber que es finlandés, la señora le dice: "*Alors vous connaissez probablement ce peintre que nous aimons tant, Edelfelt?* Después de una introducción así, le divierte mucho poder contestar: "*Oui Madame, je le connais un peu, pour peu que l'on se connaisse soi-même*". Terminada la comida, les muestra sus estudios.

Ha podido terminar su estudio del claustro de San Juan de los Reyes. Moreno no encuentra palabras bastante elogiosas para expresar su admiración. Le declara "un gran colorista".

También está terminado el retrato de la pequeña Marcelina. Hubiera querido tenerla para siempre como modelo. Al mirar ella el estudio, dice con mucha circunspección: "Está bien; está divinamente bien".

Se aproxima a su fin la estancia de Edelfelt en Toledo. Vive sin saber nada de París ni del Salón, y vive feliz. Porque "¿qué significa tanto mamarracho comparado con lo que se ve y se sueña? Los mejores cuadros se pintan en la fantasía y las mejores poesías se quedan sin escribir".

La última noche, en compañía de Moreno y su amigo Olaverria, teniente de artillería y profesor de la Escuela Militar, visita un humilde café lleno de campesinos y vagabundos, donde se cantan canciones populares. En esta tertulia hay, por casualidad, dos alumnos de la Academia de Música de Madrid, los mejores guitarristas que Edelfelt ha escuchado en España: un último y agradable recuerdo de Toledo.

El 6 de mayo otra vez en Madrid. Aquí le esperan cartas de París. Ha tenido mucho éxito en el Salón y su comisario, Berndtson, ha recibido varias ofertas por parte de los compradores.

Va a ver a Madrazo para saludarle de parte de sus amigos de provincias: de Castillo, Goyena, Moreno y Olaverria. Aquel se proponía ir a la inauguración del Salón de primavera e invita a Edelfelt a acompañarle.

Hay en este Salón —según Edelfelt— muchos cuadros buenos, pero también muchísimos malos “¡Cuán inferior es *la España pintada* a la España real y visible!”

Por lo demás, esta última estancia en Madrid se llena de nuevas visitas al Museo del Prado, una corrida de toros y una excursión al Escorial. La mansión dura, fría y triste de Felipe II, no le gusta del todo, si se exceptuaban los excelentes cuadros de la sacristía.

Su entusiasmo por el Museo del Prado aumenta sin cesar. Este será el mejor recuerdo de España, lo que más echará de menos al dejar el país. “Cada vez me admira más la suerte que ha juntado aquí, en un solo sitio, tanta obra maestra del arte universal. De ser sincero, debemos admitir que los cuadros viejos, y sobre todo los de segunda categoría, son feos y completamente insípidos para nosotros los modernos. La época y la manera de ver eran otras cuando se crearon, y además la suciedad de siglos ha penetrado en la superficie, el barniz ha amarilleado y los colores han oscurecido. Sin embargo, esta impresión desagradable no la experimenta uno en el Museo del Prado. Nunca me he sentido tan íntimo con los pintores como aquí. En vez de hablar con ellos en frases bellas y estéticas, me hubiera gustado conversar con ellos sobre la forma y el color, decirles cuán bien les comprendo, y hasta me hubiera gustado, sí, invitarlos a una comida o a una copa de manzanilla. Nunca me ha gustado Tiziano como aquí. Tampoco he visto nunca cuadros tan buenos de Van Dyck. Hay una sala que lleva el nombre de la Reina Isabel y donde están reunidos Rafael, Velázquez, Murillo, Tiziano, Van Dyck, Tintoretto Holbein y Durero. ¡Pensar que todas estas telas son obras maestras, obras maestras de veras! El Museo del Prado tiene una cosa sumamente simpática: Se siente uno aquí pintor —aunque pequeño, por cierto— entre pintores, y tiene uno la misma sensación que al visitar el taller de un amigo y estar examinando sus esbozos y estudios. Como ya he dicho, antes nunca había tenido esta sensación de intimidad con los antiguos. Tal vez sea porque al frente de ellos está Velázquez, el más moderno de los antiguos y quien más miró como miramos nosotros”.

Su último elogio en esta relación es para las madrileñas:

“Para jardines, Granada ;
para mujeres, Madrid”.

Son pequeñas de estatura, ágiles, siempre de bonito cabello, de bello cutis, de hermosos ojos y de blanquísimos dientes. También le parece una mentira que se marchiten tan temprano, porque vio a muchas señoras paseándose con sus hijas ya maduritas, y las madres tenían muy bien ver y llevaban sus años admirablemente.

El 13 de mayo es su último día en Madrid. Por la mañana visita el taller de Madrazo para dar los últimos toques a un cuadrito, recuerdo de un mercado de flores. Madrazo tiene de modelo una joven sevillana. Durante los descansos canta y toca la guitarra. Y con el eco de estas canciones, que tanto le impresionan toma un coche para el Museo del Prado, pues quiere dar un adiós a Velázquez, Tiziano y Goya.

A las cinco de la tarde sale para París. Una vez aquí, Edelfelt echa una ojeada retrospectiva a su viaje por España. Al dejar la frontera franco-española, ya en Burdeos todo le pareció gris, a pesar del tiempo hermoso. Echaba de menos el cielo azul, la luz fuerte, el dibujo del paisaje. Los hombres le parecían horriblemente *bourgeois*; las mujeres, sosas. En París, todo le da cierta impresión de viejo y conocido, con un dejo de trivialidad. “¡Ay, España y las cinco semanas pasadas allí! ¡Es algo brillante y magnífico que ahora busco en vano!”. Le extraña que, en París, hagan un arte con temas de boleros y peteneras, sin interesarse por tal y tal calle de Toledo o de Granada. Le parece que todos —como él— debían permanecer extáticos ante Andalucía y Castilla. Aún no ha podido ponerse a tono con París y rara vez se ha sentido allí tan *dépaysé*. El bulevar con ruido, los periódicos con sus altercados, los hombres con su apresuramiento comercial, todo le irrita.

Hay más diferencia entre España y Francia que entre Francia y Finlandia, y nunca había pensado que los “tonos finos” de París, que antes había admirado tanto, le parecerían tan grises y flojos.

“El viaje por España me ha enseñado mucho, y sólo necesito recordar unas cuantas telas de la galería de Madrid para admitir, humildemente, que todo lo que he hecho hasta ahora no es sino mediocre, y pedir a Dios que me dé *fuera, laboriosidad* y lo que más me falta: *perseverancia*”.

Había proyectado visitar con sus dos amigos Avila, Salamanca y Burgos. Estorbó este proyecto la muerte del tío de Noël. Admite que es casi un crimen no haber visitado estas ciudades, pero le repelía detenerse solo en un hotel y hacerse conducir por un guía imbécil. Por eso se fue directamente a París.

Muchas veces durante el viaje había hablado de un retorno. Deseaba pasar otros tres meses en España pintando, yendo por Barcelona y Málaga a Tánger, y regresando por Granada, Madrid, Burgos. No fue así. Edelfelt jamás volvió a pisar el suelo español.

BIBLIOGRAFIA

Av Albert Edelfelts brev. Resor och Intryk. (De las cartas de Albert Edelfelt. Viajes e Impresiones.) Holger Schildt. Helsingfors, 1921.

Edelfelt-Album. Bilder från Finska Konstföreningens Edelfelt-Utställning, 1910. Jämte Katalog (Album-Edelfelt. Cuadros de la Exposición Edelfelt de la Asociación de Bellas Artes de Finlandia). Helsingfors, 1910. Finska Konstföreningens Forlag.